

MUERTE Y RITUAL MORTUORIO ENTRE LOS AIMARAS

JUAN van KESSEL (*)

Instituto de Sociología, Universidad
del Norte, Antofagasta.

RESUMEN:

El artículo presenta una vívida y detallada descripción etnográfica de las diferentes maneras como enfocan la muerte los actuales habitantes aimaras del altiplano de Iquique (Pampa de Lirima, Cultane). Cada paso del ritual mortuorio es examinado en detalle. El autor traza algunas ideas básicas comparativas relativas a la muerte, que brotan de su descripción y análisis.

ABSTRACT:

The article presents a bright and detailed ethnographic description of the different ways how present Aymara Indians focus death in the Highlands of Iquique (Pampa de Lirima, Cultane). Each step of the mortuary ritual is followed in detail. The author brings together some basic comparative ideas concerning death, as they emerge from his description and analysis.

1.—LA MUERTE

Los aimaras de los Andes Centrales, y en particular los grupos de pastores de llamas de la cordillera del Norte de Chile a quienes se refiere este trabajo descriptivo, hacen una clara distinción entre la muerte repentina y no prevista (v. gr. un accidente que se considera como castigo o como el efecto de un poder maligno, diabólico), y la muerte tranquila, prevista, que se reconoce como completamente natural. La primera es "del diablo", la segunda es la "muerte llamada por Dios" y, en consecuencia completamente humana y por decisión de Dios; ésta no es considerada como trágica, ni como efecto del mal.

Fuera de estas dos categorías de muerte, se reconocen otros casos especiales de fallecimiento, a saber: aquel causado por el rayo, indudablemente un castigo, más claro que ninguna otra forma de muerte repentina; el homicidio, que trae por consecuencia que el espíritu del difunto no descansa hasta que el asesino haya sido castigado y, muerto también, haya pasado a la eternidad como "condenado"; y finalmente, la muerte por embriujo, que generalmente es un fallecimiento tras breve enfermedad, extraña y desconocida, y aún dolorosa, de una persona joven o madura, en la plenitud de sus fuerzas.

(*) El autor, sociólogo y antropólogo, ha dedicado largos años de su vida a la investigación de los pastores aimaras del interior de Iquique, llegando a ser uno de sus mejores conocedores. Nos ofrece en este trabajo el fruto de sus experiencias y grabaciones conseguidas en el pueblo-santuario de Cultane, situado a los 19º 45' lat. S. y 68º 58' long. W, en pleno altiplano de Iquique, Norte de Chile. (N. del E.).

Dirección del autor: Juan van Kessel, Universidad del Norte, Casilla 1280, Antofagasta, Chile.

En lo que respecta a la muerte infantil, la vida de un niño y más aún de una guagua, no es todavía muy segura y así lo enseña la experiencia en los frecuentes casos de muerte infantil. Hasta sus siete años, podría decirse que la guagua "sigue naciendo", y su vida sigue en la primera "crisis de paso". Es doloroso pero "normal", no trágico, si un niño muere antes de los 7 años; y aún es casi considerado como reemplazante, dada la alta fertilidad de la mujer-madre. El cadáver de estos niños pequeños se llama: "cuerpo menor", y a estos niños —tanto el pequeño cadáver, como el animita— se los llama "angelitos". El angelito, o animita de un niño, es tierno, amable y bueno, inocente y jamás agresivo ni peligroso, y ni siquiera molesto; visita de vez en cuando la casa de sus padres, esperando recibir algunos dulces o frutas, para en seguida partir contento y alegre.

La muerte por accidente es siempre causada por algún poder real y concreto: sea castigo de Dios, sea como efecto de los poderes enemigos al hombre, el diablo o maligno. Esta última interpretación de muerte repentina es la más frecuente en estos casos:

"La muerte repentina casi sería causada por el diablo, . . . por efecto del diablo, . . . por ejemplo en un accidente, o supongamos el caso que yo voy caminando; me entusiasmo en cualquier cosa, voy en un camino malo. . . y ni siquiera me acuerdo de Dios para pasar ese camino. . . me entusiasmo en cazar una vizcacha, supongamos, y entusiasmao, y de repente me voy de la peña p' abajo y listo, hasta ahí no más llevo, así como brujería, dije, también qu'es causao por efecto del diablo. . . y bueno, la mayoría de las muertes repentinas serían así, causao por los efectos del diablo". (Entrevista a Javier Vilca, Lirima, Febrero 1975).

Como consecuencia de estos distintos casos de fallecimiento, se distinguen las siguientes categorías de espíritus de difuntos o de ánimas:

1.—Los condenados, que constituyen un peligro, del que hay que protegerse en el camino y en viaje, cuya tumba, o lugar de fallecimiento, o casa o lugar de trabajo en vida, se evita; los condenados pueden molestar a los hombres asustándolos, y aún enfermándolos, por ejemplo de los nervios, pero "si uno se recomienda a Dios, ellos no pueden hacerle daño";

2.—Los angelitos que constituyen una secuencia o romería graciosas en el panteón mortuario;

3.—Los "abuelos", los próceres de las familias, *ayllu* y comunidad; en concreto, todos aquellos que los vivientes y aún los más ancianos han conocido; ellos constituyen una ayuda y una intercesión ante Dios para su descendencia, pero pueden reclamar y aún castigar sensiblemente en caso de dejación, de falta de respeto, o de no observación de las tradiciones y enseñanzas o instrucciones, y del no cumplimiento de su última voluntad, por parte de sus hijos y nietos;

4.—Los "gentiles" son los espíritus de los antepasados pre-cristianos; ellos constituyen más bien un peligro, se evita su tumba, porque fácilmente pueden enfermarse, y en particular los niños, cuando juegan o pasan sin precaución por allí. En caso de "un gentil muy bravo", que emana muchos males, se puede pedir al sacerdote (o a un reemplazante) que lo "bautice" (echándole una bendición con agua bendita al lugar de la tumba);

5.—Finalmente, las "animitas" en general; los espíritus de parientes y conocidos, que a veces se presentan en sueños para pedir su parte

(una vela, o ceremonia, un recuerdo en su aniversario o en la celebración del “día de los muertos”: 1-2 de noviembre); entre animitas también pueden ayudar o “alumbrar” a una persona particularmente en casos especiales que les interesan, por ejemplo por una antigua amistad en vida, o una predilección que tenía en su trabajo.

“Lugares fuertes”, relacionados a la muerte y los muertos, no son solamente las tumbas, cementerios de cristianos y “gentilares” (cementerios pre-hispánicos), sino también los sitios donde una muerte abominable o criminal tuvo lugar. A estos lugares se les tiene un gran cuidado, recomendándose a Dios, al pasar; se pueden conjurar estos lugares de diferentes formas: por cumplir con las exigencias de los muertos (con ceremonias autóctonas), bendiciones del sacerdote, o depositando allí algún objeto bendecido por él. (1).

2.—LA AGONIA Y EL FALLECIMIENTO

La forma más humana, más deseada de morir es a una edad avanzada, pero antes que las molestias de la vejez sean muy grandes (sordera, ceguera, pérdida de memoria, etc.), y después de una grave enfermedad, en presencia de sus hijos y nietos y aún de otros parientes. Cuando el enfermo (o aún la persona sana) dice que siente acercarse su fin, generalmente no se equivoca. Conversa con cada uno de sus hijos y hermanos, dándoles indicaciones e instrucciones a modo de última voluntad o testamento. Tratándose de bienes, estas indicaciones se anotan en un papel; los consejos e instrucciones son recordados de memoria. Cuando se aproximan sus últimas horas, los parientes prenden una vela a su cabecera y empiezan a rezar tres veces el “Padre Nuestro”, el “Ave María” y el “Gloria al Padre”. La vela es para alumbrar al agonizante en el momento de su partida. De vez en cuando se repiten las mismas oraciones. Momentos después de expirar, vienen los vecinos —en lo posible no los parientes— para lavar al difunto, vestirlo de su mejor ropa (“ropa de fiesta”) y extenderlo sobre una mesa cubierta con un mantel blanco, con los pies hacia el occidente, para el velorio. Al lado de su cabeza se mantiene siempre una vela encendida y hay dos floreros con flores, uno a ambos lados de su cabeza; sobre una mesita puesta a la cabecera se encuentran: agua bendita, con un ramito para rociar el cuerpo, coca sobre una *incuña* (un pañito de lana de confección autóctona, $\pm 40 \times 40$ cmts.) y alcohol.

Los parientes en primer grado se ponen luto, y en la casa del finado se coloca un pañito de género negro, clavado sobre cada puerta, en señal de duelo. Los dolientes y vecinos del “acompañamiento” se sientan sobre las bancas de piedra que están contra las paredes, para el velorio que dura de 24 hasta 72 horas. A todos los presentes se les ofrece en la noche “el caliente”, un alcohol calentado con té y clavo de olor, u otros ingredientes. Alrededor de la media noche se les sirve una colación en la cocina, por turnos, para que el difunto no se quede solo. Durante el velorio los asistentes toman continuamente la iniciativa de rezarle al difunto: tres veces el “Padre Nuestro”, “Ave María” y “Gloria al Padre”, poniéndose a su lado; entonces los demás asistentes se paran también, se acercan y responden a esas oraciones; antes y después de rezar, la persona rocia con agua bendita el cadáver. Estas oraciones son realizadas con preferencia por los *monjitos*.

Los vecinos excavan la fosa, confeccionan el cajón (si no hay madero, se le envuelve al finado en una frazada) y lo colocan en el cajón,

(1) Cfr. van Kessel, *Norte Grande*, I, 1, 1974: 35 y nota 5 al mismo artículo, de H. Larraín (N. del E.).

al acercarse la hora de los funerales. Se evita todos estos días el pronunciar el nombre del difunto y se lo indica como "el finado". Si hay una Iglesia cerca, se lleva allá el cadáver en su cajón y se pasa la última parte del velorio en el templo. Si se consigue la asistencia de un "cantor" (cuya función es realizar los cantos religiosos en el templo y en ausencia del sacerdote puede remplazarlo en los rezos y en algunos oficios litúrgicos también) éste canta los "resposos", unos cantos litúrgicos irreconocibles, transformados, pero que tienen su origen en el ritual mortuorio gregoriano de la Iglesia Católica.

En el cajón del difunto van: un segundo juego de ropa limpia, algunos artículos de uso que el finado en vida usaba mucho, una *lijlla* blanca, o mantel, para envolver y llevar a cuesta el equipaje usual de viaje, un poco de maíz tostado y charqui, las insignias de su dignidad o función (p. ej. el chal de cacique, un látigo de cuero, etc.).

Inmediatamente después de sacar el cadáver de la casa del velorio para llevarlo a enterrar, se borran cuidadosamente todas las huellas de pies en el suelo de la casa (que es de tierra). La mesa sobre la que estaba el cadáver es colocada en el centro de la casa, pero al revés, es decir con las patas hacia arriba, y al lado de la mesa una fuente, también al revés (boca abajo). La extensión de esta costumbre es que el alma del difunto no vuelve a la casa, sino que salga de viaje buscando su destino, más allá del "mar de las tormentas", llamado también "cocha grande" o "laguna grande".

La tumba se excava, si es posible, en el cementerio del pueblo, en las cercanías del templo; pero si este cementerio está a más de 3 horas de camino de la casa del fallecido los dolientes se conforman con enterrar su finado en un cementerio informal en su estancia, a pleno campo, pero siempre al lado occidental de las casas. La cabecera de la tumba, marcada con una cruz de madera, está hacia el oriente. Se trata de "construir la casa del difunto"; el fondo se pavimenta con piedras planas y las cuatro paredes se encistan con una *pirka* o muro de piedras hasta una altura de 50 a 70 cm. Después de excavar la fosa y "pirquear la casita" se borran cuidadosamente todas las huellas de pies en la tumba y se colocan las herramientas (pala, picota, chuzo) en forma cruzada ante la tumba. Si persisten huellas en la tumba (o después de borrarlas reaparecen inexplicablemente), esto significa la muerte próxima de la persona a la que corresponden las huellas.

3.—LOS FUNERALES

Los funerales son sencillos. Se coloca el cajón en la tumba que cubren, en seguida, con grandes piedras planas. Los dolientes, uno a uno, toman un puñado de tierra, soplan sobre ella y la dejan caer sobre el "techo" de la casa del muerto; los vecinos terminan el túmulo. Los dolientes y el acompañamiento intercambian coca con el difunto y entre ellos; y luego también alcohol. Se termina la construcción de la tumba, si es posible con cal y cemento, generalmente en las semanas siguientes, dejando un nicho en la cabecera, bajo el pie de la cruz; este nicho que da al oriente, es la "puerta de la casa del difunto". Frente a esta puerta se realizarán posteriormente, todas las ceremonias en la tumba y se colocarán allí mismo todo tipo de dones para el difunto. Después de colocar la cruz, que remata la casa del muerto (como también las casas de los vivos llevan una cruz en el techo), se la adorna con una corona de hojas verdes y flores, llamada "sombbrero". Hojas verdes y flores se amarran también a los cuatro palos de la cruz. Se rezan también las mismas oraciones ('Padre nuestro', 'Ave María' y 'Gloria al Padre'), y, al despedirse de la tumba, se habla llorando al difunto,

quejándose de su partida de este mundo. Los parientes se quedan hasta el último, para agradecer a los acompañantes, y en especial a los trabajadores su cooperación, y para invitarlos a la comida que tiene lugar a continuación. Llegados a la casa, se levanta la mesa y la fuente que quedaron allí boca abajo, y se observa con atención si ha reaparecido alguna huella de alguno de los presentes. (Los pastores son excelentes reconocedores de huellas en el campo). Si creen reconocer una huella, esto sería una indicación de que esa persona también está por morir. Como hay que salvarlo del peligro que significa ese mal presagio, se le hace hincar en medio de la casa, y dos hombres empiezan a pegarle con un látigo de cuero, retándole: “¿Por qué quieres afligirnos?, ¿quieres irte también?, ¡Flojo! ¡quédate a trabajar para tus hijos, con nosotros!...”. El castigado no se opone, sino recibe humildemente los latigazos y los retos, y al final agradece a sus castigadores, que en esta forma lo salvan de la muerte inminente. En los días siguientes, no se vuelve más a la tumba; ni tampoco en los días del “lavatorio” y de la *paigasa*; solamente aquellas personas que no alcanzaron a asistir a los funerales y que llegan en estos días, irán a verlo para rezar a Dios, hablarle al difunto y ponerle una vela, y también ofrecerle coca, alcohol y cigarros.

En caso que se trate de los funerales de un “angelito”, se viste al cadáver con una larga camisa blanca o túnica, y se le colocan dos alitas en sus espaldas (si no hubiera otro material mejor, puede ser papel de diario). La ropa del niño también va en el cajón, que se pinta de blanco (si no hay pintura se lo cubre con papel de diario). No se celebra velorio en el templo, ni tampoco un “lavatorio” que son ceremonias en uso exclusivamente para los “cuerpos mayores”.

4.—EL SEPTIMO DIA: LAVATORIO Y “PAIGASA”

Aquí sigue la descripción detallada de una ceremonia, virtualmente desconocida en la literatura etnográfica. El lavatorio es la ceremonia de lavar la ropa del difunto, en el cuarto o quinto día de la semana que sigue a su fallecimiento. La *paigasa* es la ceremonia de quemar esta ropa y los objetos personales del difunto en el octavo día que sigue a su muerte. “Lavatorio” es también el nombre que se usa generalmente para indicar todas las ceremonias del séptimo y octavo día que describimos a continuación; a veces se la indica también con el nombre de *paigasa* o “despacho”.

Justo una semana después del fallecimiento exactamente en el día y la hora de su muerte, se arregla un nuevo velorio, en la pieza y sobre la mesa donde siete días antes estuvo el velorio “en cuerpo presente”; pero esta vez están sobre la mesa —arreglados sobre una *llijlla*, un mantel blanco y un pañito negro— el sombrero del difunto y su ropa lavada y planchada (ver Esquema 1). Además, se encuentran sobre la mesa: una o dos palmatorias con velas encendidas, platos con la comida preferida del difunto, frutas y galletas (que se cambian por platos frescos a cada hora de comida), cigarrillos y un jarro o vaso para quemar alcohol y hojas de coca, dos floreros con flores frescas y tres “caitos” o pequeñas madejas de lana hilada y *payada* de dos hebras, una madeja blanca, una negra y otra blanca con negra. Estos *caitos* son hilados al revés, y se llaman *Lloque*. Con la ropa del difunto están también, pero reproducidos en tamaño miniatura, aquellos objetos de uso del difunto que, por su valor, tamaño y material no inflamable, no son aptos para llevar a la hoguera de la *paigasa*; por ejemplo, telar, bicicleta, radio de transistores, fusil, serrucho, pala, mula, etc., todos éstos hechos a imitación de los verdaderos, en material fácilmente combustible como madera o cartón. Pero, otros artículos de valor del difunto serán llevados

también, como ser: instrumentos musicales, naipes, chueca, etc. Como la mesa se hace chica para recibir todos los objetos de uso personal: platos, cuchara, cuchillo, cántaro, olla, sogas, *chaco*, hondas, lazo, látigo, costales, *puska* (huso), *mismilla* (palito usado para hilar hebras gruesas), etc., se arreglan todos estos objetos en bultos amarrados, y se los ubica debajo de la mesa. A la cabecera se encuentra una mesita con coca y alcohol (para que el acompañamiento se sirva en homenaje al finado) y velas para prender sucesivamente en las palmatorias.

Parientes y vecinos están presentes en este velorio, especialmente aquellos que no alcanzaron a llegar a los funerales y pueden constituir un grupo numeroso. El día y la noche pasa y, como en el velorio de cuerpo presente, con las mismas expresiones de pena, monólogos dirigidos al difunto y oraciones, según la inspiración de cada uno de los acompañantes. Pero esta vez, se juega también a los naipes; el juego se llama "Rey de espadilla" y se juega solamente en esta oportunidad y en el velorio del "cabo de año" (el primer aniversario de la muerte). Por medio de este juego se reparten todas las tareas y trabajos a realizar en este día: buscar leña en el campo para la cocina y la hoguera gigante, carnear uno (o más), llamos, buscar agua en el río, hacer pan y especialmente orar y cantar para el difunto. Una persona mayor de edad o anciana, se indica como el "Rey" del juego. Este recibe los naipes, baraja y reparte las cartas (entre los hombres) guardándose las cuatro cartas de rey. En seguida se desarrolla el juego que imita toda una organización política y estructura jurídica. El Rey del juego dice, por ejemplo: "hay que *pagar* leña" (juntar leña). Uno de los cuatro "caballos"—por turno— repite la orden a los suyos, por ejemplo el caballo de corazón comunica a todos los que tengan una carta de corazón: "Dice el Rey de espadilla que hay que *pagar* leña, que el '8' vaya a *pagar* leña, que traiga bastante leña". La persona que recibió el 8 de corazones puede hacerle caso a la orden o, si no está conforme, puede apelar contra la orden recibida ante la "sota" (de corazón), diciendo "Apelación a la sota". Esta persona decide con un fallo "que se cumpla la orden", o bien: "que no se cumpla".

De esta forma se reparten todo el programa de actividades y tareas jugando, y a veces con gran hilaridad. Se dan órdenes, como "que se rece para el finado", pero también órdenes como "que cante el gallo y que rebuzne el burro en el campo", de modo que se manda a la persona al campo a imitar a estos animales, exponiéndolo al comprensible miedo de salir solo en la noche del velorio al campo. El juego dura toda la noche, y se interrumpe continuamente con rezos, con tragos de alcohol caliente, con intercambio de coca con el difunto y entre los asistentes y los dolientes. También se quema alcohol puro para el difunto y hojas de coca, y se toma del alcohol puro en pequeñas cantidades. Es característico que expresiones de gran pena, llantos y monólogos de infinita tristeza dirigidos al difunto, se observen en este velorio juntamente con bromas, chistes y risas. Los dolientes, y todos los que sienten gran pena por el fallecido, se hacen amarrar en la muñeca izquierda un pedacito de hebra de lana blanca con negro, que al día siguiente se romperá y será llevada a la hoguera para liberarlo de la pena excesiva. También es notorio que solamente los hombres participan en el juego, los rezos y las tareas. Ellos se encuentran en la parte de la casa que está cerca a la mesa del velorio, mientras que las mujeres se sientan en el otro extremo de la pieza. Sin embargo, ellas también se acercan libremente a la mesa, para rezar (en voz baja) y quemar alcohol y coca, y para servirse coca de la mesita de cabecera.

En la mañana muy temprano, los acompañantes se sirven un desayuno de chocolate, turnándose, en otra pieza o en la cocina. Del corral buscan un llamo del difunto, macho, entero (el color no importa) y lo

llevan al patio, frente a la casa del velorio, donde lo florean abundantemente. (2). Otros sacan todos los bultos del finado de la casa y lo amarran sobre el llamo, antiguamente el único animal de carga de los Andes. Sacan la mesa del velorio y la guardan en el patio; barren la casa dejándola limpia y en su orden normal de siempre, pero en la puerta permanecerá la señal de luto hasta el "cabo de un año".

Uno de los asistentes, que no sea pariente del difunto, se pone el sombrero y el poncho del finado y sobre su pecho se cruza el *chaco* y la honda; sobre la espalda lleva amarrado un bulto con la vianda, la coca y los instrumentos musicales; amarra el llamo (con una sogá de lana al cuello) para llevarlo de la mano y, de la otra, lleva el perro del finado amarrado con otra sogá de lana. Mientras los vecinos adornan y cargan el llamo, los parientes inmediatos (en primer grado) hijos, esposo o esposa, hermanos, se hincan en una fila mirando hacia el oriente (es el momento que sube el sol) y levantan por turno un brasero humeante de incienso, rezando al Señor.

Cuando el viajero con su carga está listo para el viaje, parte llevando su llamo y su perro, completando la vuelta por el lado occidental de la casa hacia el campo ("para abajo"), acompañado por todos los dolientes y vecinos (ver Esquema 2).

A unos 300 ó 500 metros de la casa, el cortejo se detiene, se descarga el llamo y se organiza un campamento para pasar allí todo el octavo día. Se hace una mesita con piedras y también un asiento, colocando los bultos del difunto como respaldo y para atajar los fuertes vientos de occidente, allí permanecerá instalado el representante del finado. La mesita está cubierta con *Ujlla*, mantel y paño negro; encima: vela, coca, alcohol y cigarros; a la hora de comida, platos de asado y *kalapurka*, frutas y galletas. El representante del finado se sienta, pero no come por el difunto (se supone que el alma del difunto está allí para comerse la esencia de la comida ofrecida). Se arregla un fogón de piedras, usando la leña que los acompañantes trajeron desde la casa en su corto viaje. El llamo es degollado con la mano izquierda, dejándose correr su sangre cuidadosamente en un hoyo excavado en la tierra. Todos los presentes observan la escena con atención y profundo silencio. Cuando el animal ya no se mueve y está totalmente desangrado, el sacrificador declara: "ya partió para la *cocha* grande"; en seguida todos continúan con sus actividades de arreglar el campamento y la cocina, y preparar la comida. El pozo en que se ha juntado la sangre del llamo se cubre con piedras, borrando toda huella y dejando el lugar en su forma natural. Se pela el llamo y se le carnea con la mano izquierda (solicitando el servicio de un zurdo, si lo hay). El contenido del estómago y el guano de las tripas se guardan en un paño. Todas las tripas y demás menudencias se sacan para el consumo de ese mismo día, y toda la carne, sin remover de su sitio los huesos del esqueleto. La sangre del corazón, estimada como muy alimenticia, se la cuece para dársela al perro del finado. Los órganos genitales del llamo se los deja en su lugar, pero se le corta la lengua y se le quitan los ojos. En seguida se rellena la guata del esqueleto con el guano y el contenido del estómago, y se cubre el esqueleto con la piel nuevamente, cosiéndola cuidadosamente para dejarlo lo más natural posible. Finalmente, se deja sentado al llamo fantasmagórico mirando hacia el oriente; su sitio es a la espalda (del representante) del finado que está sentado a su mesa y mirando al oriente.

(2) Cfr. el artículo del mismo autor: "El Floreo en Lirima Viejo (Provincia de Tarapacá, Chile)", en *Norte Grande*, I, 1: 35-44. (N. del E.).

De vez en cuando, la gente se acerca a esa mesa para intercambiar trago y coca. La carne del llamo se asa y se sirve en el campamento, donde todos comen sentados en el suelo. El finado recibe un buen asado, y también su perro se come asado el corazón del llamo y unas tripas —también asadas—, y la sangre del corazón, cocida. Todas éstas son comidas muy apreciadas por los pastores. Después del asado, los dolientes y el acompañamiento se sirven la *Kalapurka*, una sopa de verduras y carne, con mote de maíz, aliñada con bastante ají y cocida con una piedra caliente (= *kala purka*) que se echa en la olla. La comida es muy abundante y los brindis con vino y alcohol siguen todo el día, como también el intercambio de coca acompañada del voto “sea buena la hora, hermanito, (tío, etc.)”.

En la tarde, los hombres se dedican a jugar *Palama*: los jugadores se dividen en dos grupos iguales, y cada equipo coloca en su cancha una piedra blanca, llamada “la vieja”. Las dos piedras blancas distan unos 25 a 30 metros. El primer equipo desafía al segundo, que se dirige a la primera cancha, para aceptar el desafío. Los jugadores de cada equipo se ubican en una fila; las filas se colocan paralelamente a ambos lados de la primera cancha, mirando hacia la segunda (cfr. esquema 3). Cada equipo tiene 2 piedras planas, que pesan aproximadamente 1 kilo, llamadas *palama*. El primer jugador del equipo que está en su domicilio tira una *palama* a “la vieja” de la otra cancha; luego tira el primer jugador del equipo de visita, a la misma vieja; a continuación el anterior tira su segunda *palama*, y finalmente, el primer jugador de visita tira su segunda *palama*. Esta es la primera jugada y aquel que tiró su *palama* más cerca de “la vieja”, gana un punto para su equipo. Se recogen las *palamas* para la siguiente vuelta, que corresponden a los segundos jugadores de ambas filas. Cuando todos han tirado las *palamas*, corresponde a la visita desafiar al equipo que jugó en su cancha. Las mismas filas se ubican ahora, también en forma paralela, en la segunda cancha, y se tiran las *palamas* desde allí a la primera “vieja”. En este juego se reconocen claramente elementos de la estructura social, económica y política de la antigua comunidad aimara. *Palama* se juega exclusivamente en la oportunidad del lavatorio del “cabo de año”, y del día de los difuntos (2 de noviembre). Durante todo el día se desarrollan de vez en cuando, las oraciones (tres veces ‘Padre Nuestro’, ‘Ave María’ y ‘Gloria al Padre’) ante la mesa del finado, por la persona que así desee expresarse; pero también se toca música ante la misma mesa para el finado, con instrumentos autóctonos o instrumentos de bronce.

Al atardecer se carga el llamo (que había quedado descarnado y cubierto con su propia piel) con los bultos del finado, mientras otras personas desarman el campamento, desparramando las piedras de la cocina y de la mesa y asiento del finado, y dejando el lugar nuevamente en su forma natural: un pedregal. El representante del finado procede a despedirse de cada uno de los dolientes y de las visitas, intercambiando coca. Esta es una ceremonia de gran fuerza dramática. Entre el viajero y cada uno de los dolientes se desarrolla un diálogo de despedida, en el que el primero deja sus últimos consejos: “me voy de viaje, hijo, me voy para siempre, pórtate bien, ayuda a tus hermanos, sé bueno para tu señora, no sigas tomando tanto; cuida bien el ganado que te dejo, recuérdate siempre de mí; yo voy a ser un pastor para todos ustedes, voy a rogar al Señor por ustedes, para que tengan suerte y prosperidad...”. Con profunda emoción los dolientes escuchan estas palabras que quedan grabadas en su recuerdo personal y en la memoria y la conciencia colectivas de la estancia o *ayllu* en que se celebra la ceremonia.

Terminada esta despedida, los dolientes y visitas se colocan juntos, mirando hacia el occidente; sólo el representante del finado se carga con sus bultos con la asistencia de cuatro acompañantes. Uno de éstos “amarrar” el grupo de dolientes y vecinos todos juntos, con los tres *caitos* que estuvieron sobre la mesa del velorio, dando una vuelta con las hebras alrededor de todo el cuerpo, pero en dirección “inversa” (W-N-E-S-W-), y con la mano izquierda. Cuando todos están amarrados en el círculo de estos *caitos*, el hombre desparrama abundantemente harina de maíz sobre los dolientes y visitas. A continuación procede a romper la amarra, cortándola a mano y recogiendo los pedacitos, haciendo la vuelta nuevamente en dirección inversa; corta también las amarras de lana que los dolientes llevan en su muñeca izquierda y guarda todos estos pedacitos de hebras de lana para llevarlos a la hoguera. Luego manda al grupo darse vuelta y mirar al oriente (es decir en dirección a la casa), sacarse la harina y caminar hacia la casa sin mirar atrás. El grupo se dirige en silencio y se sienta en la casa del velorio a esperar la noche; ya está entrando el sol.

Mientras tanto, el cortejo del viajero se dirige hacia occidente (“para abajo”), los cuatro acompañantes llevan el llamo cargado, levantándolo por la lana de los hombros y de las caderas. El representante del finado lleva sobre el hombro la sogá de lana con que tira el llamo (levantándole la cabeza, que sin eso caería). De la otra mano lleva el perro del finado, amarrado con otra sogá; el bulto con vianda y los instrumentos musicales, los lleva amarrados a la espalda.

La hoguera se encuentra a uno o dos kilómetros de distancia. Llegados allá se descarga el llamo, se abren los bultos para desparramar los objetos y la ropa sobre la leña; mientras el representante se saca el sombrero (del finado), colocándolo también sobre la hoguera, los acompañantes ahorcan el perro y lo ponen también sobre la hoguera; los cadáveres de ambos animales quedan con la cabeza hacia el occidente. A continuación se quema *colla*, y se intercambia coca y alcohol puro, *challando* (3) la hoguera con estos elementos. La ubicación es al lado este de la hoguera y mirando hacia el occidente. Algunas pertenencias del finado de más valor (como reloj, radio, ropa buena) se salvan de ser quemadas, los cinco hombres las guardan para ser llevadas de vuelta a la casa en una ingeniosa ceremonia. Entretanto la noche ya ha caído y se enciende la hoguera, los cinco hombres se alejan corriendo hacia la casa, pero a una distancia de 500 metros se esconden detrás de unas piedras o matorrales para mirar la hoguera ardiente; ponen una atención muy tensa, porque en el fuego se puede distinguir cómo el (alma del) difunto aparece a recoger sus cosas —apurada o tranquilamente— y partir con sus animales. Pero el mayor interés está en distinguir si el finado va acompañado de algún pariente o vecino, porque en este caso se trata de un mal presagio. La (o las) personas que aparecen en las llamas con el finado morirán, si no se observa un rito similar al castigo de aquel cuyas huellas reaparecieran en la casa del velorio, después del entierro. Sugestión colectiva, o no, de los observadores del fuego; “self fulfilling prophecy”, o no, lo cierto es que más de una vez las visiones de estos hombres se han realizado, falleciendo las personas entrevistadas en la hoguera, pocos meses después. Por eso se tiene gran preocupación por este detalle, y hay una gran angustia entre los dolientes por lo que relatarán los cinco hombres a su llegada de vuelta a la casa.

La observación de la hoguera demora casi media hora, y termina recién cuando solamente quedan unas brasas ardientes. Después los hombres se dirigen a la casa del finado, golpean la puerta y se presentan como

(3) **Challar:** hacer libación y aspersion con un líquido ad hoc. (Cfr. Van Kessel, in Norte Grande, I, 1, 1974:40). (N. del Editor)

viajeros de paso que ofrecen ropa para vender (las piezas que se salvaron de la hoguera).

En esta ceremonia se trata de despersonalizar los objetos personales del finado que se salvaron de la destrucción para reintegrarlos a los enseres de la familia. Si el alma volviera para buscar estos objetos, no los reconocería como suyos, y no penaría a sus parientes por ese motivo. Con mucho humor y fantasía, los cinco "viajeros" se presentan con nombres inventados *Chamulliri*, "Ráscame suave", etc. y se desarrollan unas largas escenas de gran hilaridad, en que los actores realizan un simulacro, imitando una compra-venta de los objetos del finado a los dolientes, con muchos comentarios y chistes. Finalmente, los dolientes les ofrecen trago a los vendedores-viajeros, y alojamiento. Estos se despiden y se retiran de la casa, para volver unos momentos después, pero ahora en calidad de su propia persona y para comunicar las visiones que han tenido en la hoguera. Entre las cosas salvadas de la hoguera está también el látigo de cuero trenzado del finado; pero este látigo no fue "vendido", ni "despersonalizado" en la ceremonia anterior. El que dirige el grupo de cinco hombres (no necesariamente el que representó al finado durante el día), da cuenta detalladamente y con el látigo del finado castiga a la(s) persona(s) vislumbrada(s) en el fuego. Después de esta ceremonia se sirven otros tragos y poco a poco la gente se retira para acostarse.

La mitología fúnebre dice que el alma del difunto en su largo viaje al Señor Dios, finalmente debe cruzar el mar de las tormentas (la *cocha grande*) que su perro fiel lo llevará nadando, para cruzar el agua (el alma se posa "en el *chuño*" del perro —su nariz— para no mojarse), y que el alma después del viaje y antes de aparecer ante el Señor del Juicio, se viste con ropa limpia. Pasado el juicio el viajero consigue descanso. Los "condenados" (criminales que cometieron grandes immoralidades como asesinatos, brujería, o relaciones sexuales con compadres o parientes de primer grado), reciben como castigo la condición de alma errante sin alcanzar jamás el descanso.

5.—EL "CABO DE AÑO", O EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA MUERTE

Luto se ponen los parientes consanguíneos y políticos (afines) en primer grado y todos los descendientes, aún los biznietos. Los niños chicos, y la casa misma del finado también se enlutan. Después de 12 meses termina el período de luto. El primer aniversario se recuerda con un ceremonial muy particular. De nuevo se arma la mesa del velorio en la casa del difunto, pero ahora se deposita en ella toda la ropa negra de luto, con una vela, a la hora del fallecimiento. El velorio transcurre de la misma manera, y se reúne gran número de parientes y vecinos. En la noche se juega nuevamente a los naipes, al "Rey de espadilla", como en el velorio del lavatorio, y a la hora de media noche hay una colación en que se toma té y pan. En la mañana siguiente se sirven con ayuno muy contundente (*kalapurka*) en el que todos aportaron con algún ingrediente. Para el "cabo de año" se ha preparado también chicha de maíz. Es una verdadera fiesta, con abundante comida, bebida y humorismo; se juega en el día a las *palamas*, descrita anteriormente; en la tarde todos visitan colectivamente la tumba, donde se quema la ropa de luto; se prenden velas en el nicho de la tumba, que mira al oriente, se coloca una corona fresca a la cruz ("un sombrero nuevo"), y los cuatro extremos de la cruz son revestidos con ramos verdes y flores frescas. Cada uno de los presentes ofrece coca y alcohol puro al difunto, sirviéndose a sí mismo también e intercambiando trago y coca con los dolientes. Para el difunto se vierte agua al pie de la cruz, y a veces se le deja también un

poco de agua en un tarro. El "cantor", el liturgo oficial del templo, canta nuevamente sus responsos. La esposa (o madre, o hija) del difunto coloca algunos alimentos, de la preferencia del finado, a la cabecera de la tumba. Se reza por el descanso del difunto, y si hay músicos, se toca una música en su honor. No es una reunión triste, sino más bien una reunión ceremonial de familia.

Después de las ceremonias en el cementerio, la familia puede invitar a comer a los vecinos que asistieron, pero esto no es obligación.

6.—SUEÑOS Y MUERTOS

Las animitas (y aún los condenados) se aparecen generalmente en sueños cuando buscan contacto con el mundo de los vivientes. Pero a veces también se presentan en una sombra o visión; particularmente de noche y excepcionalmente de día. El condenado aparece no sólo en forma de una sombra (sombra de un hombre viajero y atorrante, que hasta habla a los hombres), sino también como perro negro y chascoso, o como caballo, y deja huellas de sus pisadas.

Las animitas se hacen presentes ante parientes y amigos para recordarles sus obligaciones (de una vela, o ceremonia en su tumba, en determinados días), o —cuando insisten demasiado con sus visitas— para pedir una "misa de almas". A veces aparecen para dar buen consejo p. ej. cómo pillar a un enemigo que, se sabe, ha robado un llamo de la tropa que dejó en herencia el finado), o para orientar en la solución de un problema (p. ej. para encontrar objetos perdidos), o para castigar o amonestar (p. ej. "Por qué no cuidaste mejor el ganado que te dejé"), o bien para llamar la atención en caso de un error u omisión involuntaria (p. ej. si alguien sale de viaje y se olvida de cerrar la puerta de su casa). Si este tipo de ideas se le ocurre a alguien, esto sucede porque su atento finado "se lo dice" y "lo alumbrá".

El animita pide también. Pide por medio de sueños su vela, o su parte, pero si no le hacen caso, le quedan otros recursos más fuertes: un susto repentino, una caída inexplicable, un accidente con un tobillo desgarrado, etc., convencerán finalmente al deudo dejado, que debe apurarse en cumplir con sus obligaciones para con el finado.

Cuando una persona, un pastor, está en apuros, puede pedir también ayuda y auxilio a su finado querido; he aquí un ejemplo:

"Yo voy a contar un caso que sucedió una vez cuando a mí se me habían perdido varios llamos, y yo buscaba, había buscado por muchas partes ya. Y eran casi ya como doce días andando, todos los días desde muy temprano hasta la noche. Ya casi no había esperanza por dónde poder encontrar. No había pa' onde andar cuando . . . si recorrido estaba todo, menos una pequeña parte que yo tampoco no me imaginaba que por ahí podrán haber pasado. Y . . . bueno, yo me recordé de mi abuelo, porque en él tengo bastante fe, y rezo para él, o sea, como que me había olvidado un poco de él . . . Después me acordé y lo hice. Justo con eso completaban trece días o catorce andando. Y . . . bueno, salí buscando otra vez, por si encontraba huellas. En fin, total que yo recé mucho a mi abuelo para que me ayudara y después salí buscando por allí. No encontré nada por ahí, y ya era más o menos a eso de las cuatro de la tarde, cuando seguía subiendo un cerro. Bueno, yo dije, más arriba no pueden haber pasado. Me iba a volver, pero me paré un poco y seguí andando, así

involuntariamente, y no eran más de cinco metros, unos cuantos pasos que di, y justo encontré las huellas por donde habían pasado los llamos que tenía perdidos. Seguí las huellas un poco, después volví por las huellas por donde yo podía contar los rastro para reconocer cuántos eran y ahí estaban los doce llamos que tenía perdidos yo. Y después ... bueno, de esa vez ya casi nunca me olvido de él; para hacer mis viajes siempre también pido a él y por intermedio de él, Dios me acompaña en mis viajes, y así en todas mis cosas". (Entrevista a Javier Vilca, Liri-ma, Diciembre 1974.)

Los difuntos viven y siguen con atención la buena y mala suerte de la comunidad, de la familia y de la persona con quien más estaba vinculado. Siguen íntimamente unidos a los vivientes. Esto quita a la muerte su carácter trágico para el aimara, aunque no la pena que le causa el fallecimiento de un ser querido. La única y verdadera tragedia es de carácter moral y consiste en la condición del "condenado" y su crimen.

7.—1º y 2 DE NOVIEMBRE: CULTO DE LA COMUNIDAD A SUS MUERTOS

Los días primero y dos de noviembre se conocen en el calendario litúrgico romano como el día de Todos los Santos, y el día de Todos los Difuntos, respectivamente. Los aimaras conmemoran el día 2 a las ánimas, y en particular al "alma mundo" i. e. el (los) fundador(es) de la comunidad, los "abuelos", i. e. los antepasados de las extensas familias y las "animitas", i. e. los espíritus de los adultos difuntos, entre los cuales muy en particular aquellos que todavía no cumplen un año de defunción. En el día 1º de noviembre (Todos los Santos) se recuerdan solamente los "angelitos".

a. Los cementerios: Los cementerios formales de las comunidades donde siempre se celebra la última y culminante parte del ritual mortuario, forman la asamblea ordenada y organizada de las generaciones pasadas de la comunidad. En el cementerio del pueblo central se distinguen varios campos, que repiten la división geográfica y social en *ayllu* de la comunidad y su territorio. En los cementerios de los pueblos circundantes, que pertenecen a la misma comunidad y que poseen templo propio, pero que constituyen un nivel inferior en la jerarquía, descansan solamente los miembros de ese *ayllu*. Las diferentes estancias, que pertenecen a un determinado *ayllu*, pero que no poseen un templo propio, solamente pueden disponer de cementerio en el campo abierto (ubicados al lado occidental de las casas), donde se realizan solamente funerales sencillos, i. e. de niños, de pobres y forasteros (viajeros y pastores-medieros de otros pueblos). Estos son más bien cementerios informales donde da pena, para el aymara que los finados están "solos y abandonados", i. e., separados del cementerio comunitario.

Un cementerio formal siempre tiene una tumba principal, o un túmulo coronado con una cruz en el fondo del "Campo Santo". Esta tumba pertenece al "alma mundo" (o "mundo alma"). Esta tumba coincide con el Calvario de los cementerios católicos particulares. Los aimaras, sin embargo, no recuerdan con esta tumba lo sucedido en el Gólgota, sino a los fundadores de su comunidad o *ayllu*. La persona que visita la tumba de su pariente difunto, nunca debe olvidarse de saludar también al "alma mundo". Las calaveras de dos de los fundadores (llamadas igualmente "alma mundo") suelen guardarse —envueltas en una *llijlla*—, en un nicho especial en la iglesia; en las fiestas patronales de la comunidad, cuatro veces al año, el sacristán mantiene una vela encendida en ese nicho.

b. El culto de los muertos celebrado en los días 1º y 2 de noviembre. En el culto mortuorio de estos días se distinguen diversas ceremonias: para los angelitos (31 de octubre y 1º de noviembre), que celebra la familia solamente en la casa donde murieron y en la tumba; las ceremonias para el alma mundo (1º y 2 de noviembre), celebradas por la comunidad entera solamente en el templo y en el túmulo principal del cementerio formal del pueblo; y las ceremonias para las demás ánimas (1º y 2 de noviembre), celebradas en la casa y en el cementerio. Entre estas últimas, las animitas "nuevas" (que no cumplen todavía un año de fallecimiento) reciben una celebración muy particular, con muchos platos de alimentos y frutas, ya que la primera vez traen una gran secuencia de ánimas a la casa.

La idea central en el culto mortuorio de los días 1º y 2 de noviembre es que en estos días, los muertos vuelven a la comunidad y a la casa para visitar sus parientes y su pueblo. Estos los halagan con un festejo, como debido entre parientes, cuando llegan de visita, y los acompañan al término de la recepción a su casa en el cementerio, dejándoles un viático. Así las ánimas parten alegres y contentas, los lazos de la familia se han estrechado entre vivos y muertos y los vivos siguen confiados en la protección, ayuda e intercesión de los difuntos.

c. Los angelitos: El día 31 de octubre, al mediodía, en las casas donde vivieron los niños muertos, se sirven sobre la mesa cubierta con mantel blanco, los *cucules* i. e. pancitos que tienen la forma de pajaritos, angelitos, lunitas, estrellas, cruces y escaleritas; además de los *cucules* se encuentran allí una vela prendida, un florero con flores frescas y un almuerzo para niños con toda clase de frutas, alimentos y bebidas que les gustan a los niños. A esa hora, la familia se reúne para "recibir a los niños" y se desarrolla una pantomima con abrazos y palabras cariñosas de bienvenida, dirigidas a los pequeños e invisibles visitantes. En los momentos siguientes (en que se supone que los angelitos están comiendo y relamiéndose a gusto), se les canta un responso y se reza por ellos. A continuación los vivientes se entretienen conversando e intercambiando coca y alcohol. Finalmente el cantor y los demás asistentes a la ceremonia reciben —de manos de la dueña de casa— los *cucules*, como amable regalito que los angelitos traen en agradecimiento por la fiesta y los rezos. El almuerzo infantil queda servido toda la tarde; en la noche, se cambian los platos por otra comida y en la mañana del día 1º de noviembre se les sirve el desayuno. A media mañana la familia se dirige a las tumbas de los niños para acompañar y despachar los angelitos; se les coloca una vela al pie de la cruz —una cruz baja y muy sencilla que cubre la cabecera de la tumba—, para alumbrarlos, y se les deja frutas, agua y un "sombbrero nuevo" (una corona) o unas flores como adorno a la cruz. Con esto se termina la ceremonia.

d. Las ánimas de los adultos. Estos reciben un culto similar, pero más detallado. A mediodía, la mesa está servida para ellos con *cucules*, vela y flores y un abundante almuerzo con platos que le gustaban al finado (o los finados); la pantomima de bienvenida es más dramática, particularmente cuando hay un "muerto nuevo"; las oraciones y cantos en su honor son más largos y se prolongan por más de una hora. A continuación se sirve a los difuntos coca y alcohol; en una copa de plata se vierte el alcohol puro que se enciende y en sus llamas azules se queman hojas de coca, sobre la mesa de las ánimas. Al mismo tiempo se les pide a las ánimas ayuda en el trabajo, prosperidad con el ganado, suerte en el comercio e intercesión ante Dios. Los asistentes intercambian también brindis y coca, acordándose de Dios y de los santos y se fuman cigarrillos en recuerdo de los difuntos. La vela sigue encendida todo el día y la noche. La noche se pasa alegremente. La comida y el desayuno se

les sirve a las animitas, a su hora. En la mañana del día 2, los hombres juegan a las *Palamas*. A mediodía se acompaña a los difuntos a la tumba y se les despacha cordial y cariñosamente. Se usa más alcohol y coca a medida que el difunto era más respetado y querido y el cantor que se encuentra a esa hora en el cementerio para los servicios "particulares" y para el culto final al "alma mundo", le ofrece un último responso al animita.

e. El "alma mundo". El culto comunitario del día de "Todos los Difuntos", dirigido al "alma mundo", es bastante sencillo. En la tarde del día 1º de noviembre la comunidad se reúne en el templo. Los funcionarios del culto y los pasantes (fabriquero, mayordomos, cantor, alféreces y sacristán) dirigen el culto. El cantor es el celebrante principal y según sus indicaciones se coloca, en el centro del templo, una mesita cubierta con un paño negro, sobre la que se exponen las calaveras del "alma mundo". Se enciende una vela, que no deja de arder hasta el día siguiente. A continuación, cada santo del templo recibe también su vela, pero ésta, una vez consumida, no se reemplaza por otra. El cantor ejecuta sus respuestas y reza el rosario. Las otras autoridades colocan coca sobre la mesa del "alma mundo"; en seguida lo hacen también los demás asistentes al culto. Esta es toda la ceremonia. (4).

Al día siguiente al mediodía, el cantor acompañado de las demás autoridades y de los comuneros, despacha al "alma mundo" cantándole su responso de despedida en la tumba del cementerio y se realizan los ritos con coca y alcohol, cigarros y agua, observados también en las tumbas particulares. Dado que se trata de los fundadores de la comunidad, las ceremonias tienen un carácter más oficial y "público" y cuentan con la asistencia de todos los comuneros. Esta ceremonia del despacho puede durar más de una hora y se toma bastante alcohol. Se espera de los fundadores protección y prosperidad para toda la comunidad.

8.—RECUERDO DE LOS ANTEPASADOS EN OTRAS CEREMONIAS

Los espíritus de los antepasados ("abuelos") son recordados en todas las oportunidades ceremoniales de interés; p. ej. al romper la tierra para las obras de construcción; en las obras comunitarias, la inauguración de una casa, etc.; pero también en las celebraciones de las fiestas del calendario aimara, p. ej., las fiestas patronales, el carnaval, el año nuevo, el floreo del ganado, la limpia de canales, etc. En todos estos casos la conmemoración de los abuelos se realiza en la noche, sea en el círculo de la familia, sea en la casa de las autoridades autóctonas, como p. ej., en la antevíspera de las cuatro fiestas patronales dándole la categoría de recuerdo oficial de la comunidad. Siempre se quema alcohol y coca sobre la mesa ceremonial y se fuman cigarros, soplando el humo sobre la mesa expresando los votos y oraciones conocidos: "sea buena la hora", "que todos (los difuntos) estén contentos", "que nos acompañen siempre", "somos tus hijos, que no nos olvides", "que perdones si hemos cometido un error". (i. e. una omisión o un descuido ritual), etc.

(4) No tenemos referencias acerca de si esta ceremonia se desarrolla igual en toda la cordillera chilena; hemos descrito la observada en Cultane el año 1974.

9.—CONCLUSION: NUEVA VIDA QUE PROCEDE DE LA MUERTE

Los difuntos constituyen para siempre una parte de la familia, o de la comunidad que ellos fundaron, continuaron y siguen manteniendo en existencia; de tal modo, ellos constituyen su fundamento duradero. En el concepto de los aimaras, el ciclo de la vida no es la existencia humana individual que comienza, florece y desaparece, sino la nueva vida que procede de la muerte. La extinción de una generación significa la vida de la generación siguiente, tal como la muerte del animal sacrificado en una *huilancha* del floreo significa la abundancia de vida nueva en la tropa, y tal como la semilla de la papa y del maíz que cae en la tierra y muere, produce la nueva cosecha. La expresión de sembrar es: “enterrar papas”, etc.

El ciclo no es un evento único, en que una persona (o una generación, o un llamo) de una vez aparece de la nada, crece, se desarrolla, envejece y desaparece definitivamente en la nada. El ciclo se concibe como la aparición de nueva vida de la muerte, que por la eterna repetición de este ciclo, mantiene en la existencia a la especie, la familia, la comunidad, la tropa. Este concepto del ciclo de la vida coincide con una cosmovisión y una visión del hombre de tipo colectivista, en que la comunidad es primaria, con respecto al individuo que es secundario.

De ahí que la Muerte —personaje mitológico que lleva a los seres humanos de este mundo al reino de los muertos— es representada como una persona con la cara de un lado de color verde (i. e. vida), y del otro lado de color rojo (i. e. muerte); su función es ejecutar la ley de la naturaleza decidiendo sobre vida y muerte, no como exterminador de la vida, sino como el marcador del tiempo y del ritmo del ciclo vital universal que gira eternamente. En consecuencia, esta figura es tanto el “Renovador de la vida”, como el “Compañero de la muerte”, y ayuda a garantizar el orden cósmico fundado por el Creador.

El ciclo de la vida nueva que procede de la muerte es, para el pastor aimara, una experiencia fundamental de su propia existencia en la comunidad, y constituye a la vez, la base de su cosmovisión y de la tecnología simbólico-tradicional de su economía ganadera.

Eindhoven, 1º de febrero, 1976.

BIBLIOGRAFIA COMPARATIVA

- 1.—MARTINEZ SOTO-AGUILAR, GABRIEL: “Humor y Sacralidad en el Mundo Autóctono Andino”; U. de Chile, mecanografiado, Iquique, 1974.
- 2.—MONAST, JACQUES: *On le croyait chrétiens: Les Aymaras*; París, Editions du Cerf, 1969.
- 3.—NACHTIGALL, HORST: *Indianische Fischer, Feldbauer und Viehzüchter*; Dietrich Reimer Verlag, Berlín. 1966.
- 4.—PAREDES, M. R.: *Mitos, Supersticiones y Supervivencias populares de Bolivia*; 3ª Edición corregida, La Paz. Cfr. Cap. IX, Prácticas Funerarias (289-309). 1963.

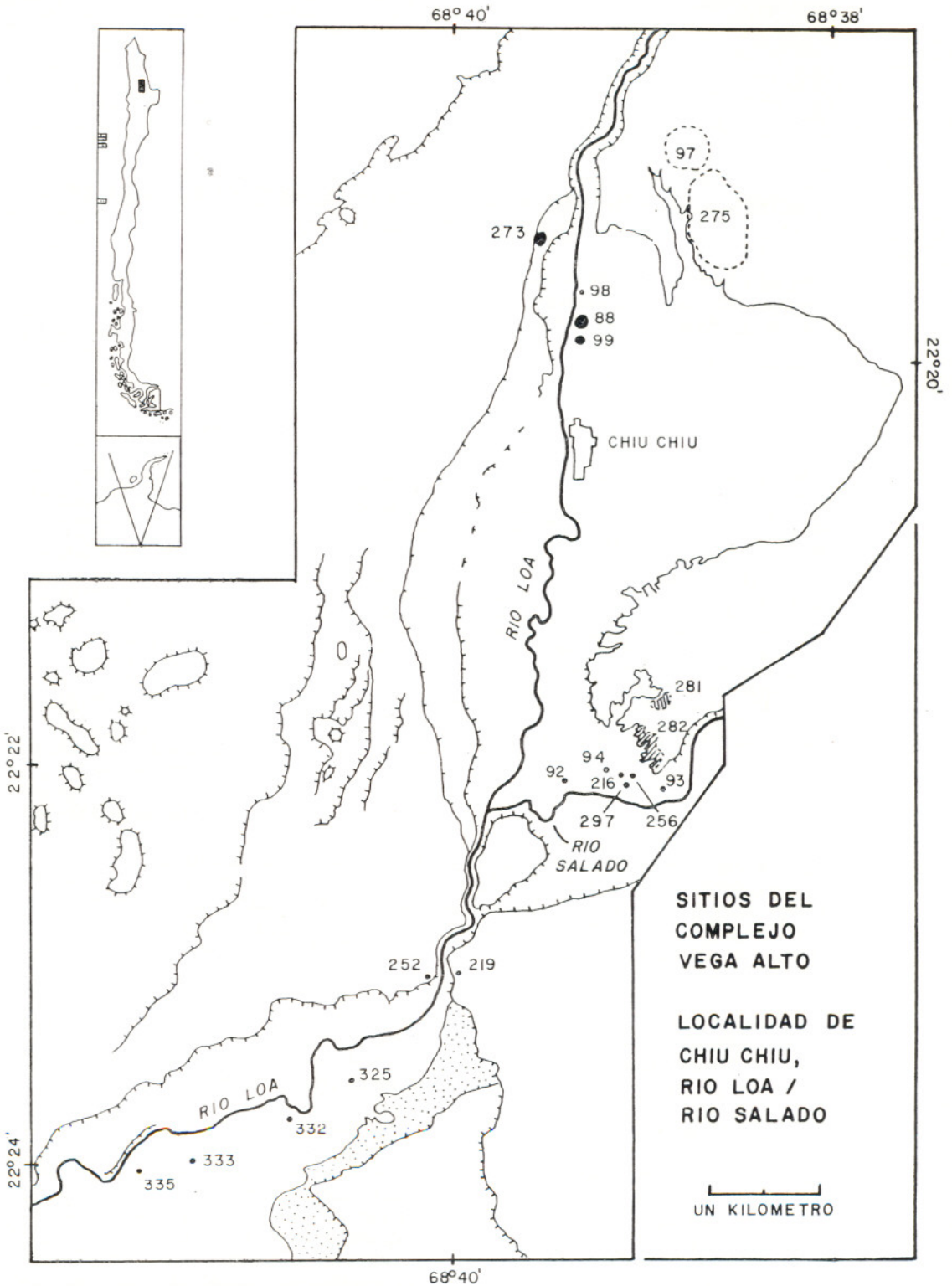


Fig. 1.—Sitios del complejo Vega Alta, localidad de Chiu-Chiu, Río Loa/Río Salado.